

de preservarnos del error, atendiendo á que es limitada nuestra inteligencia, á que la ignorancia esparce en nuestro derredor sus negras sombras para inducirnos al error y á que las pasiones, especialmente el orgullo, la codicia y la sensualidad, sublevándose contra la fe conspiran á llevarnos al error, empleemos los medios convenientes que os acabo de indicar, cuales son la lectura de libros nocivos, la compañía de hombres impíos é incrédulos, y el espíritu de curiosidad en evitación de caer en los errores que todos deploramos. En nuestros días de vértigo, A. M., en que todo se discute sin raciocinar sesudamente; en que el espíritu de análisis apasionado y sistemático preside en las investigaciones que se hacen, llevando este espíritu hasta los mas altos y venerandos dogmas de nuestra fe como si fueran, ni pudieran ser, del dominio de la razon limitada y pervertida del hombre caído, pensad seriamente «en conservar el depósito de la fe que se os ha confiado evitando las novedades profanas de voces, y de contradicciones de ciencia de falso nombre, la que prometiendo algunos se descaminaron de la fe:» *quam quidem promittentes circa fidem exciderunt.* ¡Ah! que ciertos predicadores, sin mision, sin ciencia, sin antecedentes algunos recomendables, no abusen de la fe que el cielo os ha concedido, A. H. M., y os hagan vacilar en ella, como desgraciadamente está sucediendo, deslumbrándoos con vanas teorías, «con proyectos que seducen y que no pueden realizar.» No sean preferidos esos apóstoles del error á nuestra celestial Madre María, Maestra de la verdad que aprendió de su divino Hijo Jesus. Antes bien seamos dóciles en escuchar sus enseñanzas, y seguir sus pasos, y anhelosos «corramos en pos del olor de sus unguentos» que son sus virtudes; y constantes en imitarlas, sin que nada sea capaz de separarnos de tan bellos propósitos, cantemos en el cielo sus alabanzas que son para gloria de Dios por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON PARA EL DIA ONCE.

**La esperanza cristiana encierra la idea, y da los medios para el verdadero progreso de la humanidad.**

*Post te curremus in odorem  
unguentorum tuorum.*

En pos de tí corremos al olor de tus  
ungüentos.

CANT. 1.—5.

«Nodriz de los desgraciados, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende en su abundante pecho, y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria, y le adormece con canciones encantadoras.» Con estas palabras, A. H. M., describe un escritor moderno á la esperanza, sentimiento consolador en este valle de dolores. Pero este movimiento natural del alma se trasforma para nosotros los cristianos en una virtud sobrenatural conque el cielo nos enriquece para que esperemos de Dios con confianza la vida eterna, todo lo que nos ha prometido, y los medios de alcanzarla, esto es, la gracia divina en este mundo y la gloria eterna en el otro. En virtud de la fe, que está en el entendimiento, de la que nos hemos ocupado en los días antecedentes, conocemos el bien infinito que es Dios, y lo conocemos como nuestro bien porque en él consiste nuestra bienaventuranza. Pues de este conocimiento brota en la voluntad el deseo de poseer á Dios y de gozarle; y despues de

este deseo surge la esperanza que añade al deseo cierto empeño, la elevacion de la misma voluntad por la que el alma se acerca mas y mas á Dios, y se esfuerza en alcanzarle, y en acercarse á Él para poseerle, verle y gozarle en la vida eterna, y esto lo busca por los medios ordenados por Dios para conseguir este fin.

La Santísima Virgen María, «Madre del amor hermoso y de la santa esperanza,» como la invocamos y la venimos venerando en este mes consagrado á su culto, es tambien el perfecto modelo de esta virtud cristiana, como lo es de todas las demás. El ejercicio de la hermosa virtud de la esperanza aparece en todos los actos de su trabajada y meritoria vida para nuestra enseñanza y edificacion. Estaba identificada con Jesus, su Hijo y nuestro Salvador, hasta el estremo de no vivir sino la vida de este Señor, pudiendo decir mucho mejor que David: «¿Qué hay para mi en el cielo mas digno que Dios? y fuera de tí ¿qué he querido sobre la tierra, ni que cosa he deseado y amado sino á tí, oh Dios mio? Bueno me es apegarme á Dios, y poner en el Señor Dios toda mi esperanza.» De aquí es que á través de las incesantes tribulaciones con que el Señor probó á María, ora en su vida privada, ora en su vida pública, como Madre amantísima de Jesus, la esperanza le ha hecho levantar siempre su mirada al cielo, y decir con ese rey atribulado: «Levanté mis ojos á los montes eternos donde el Señor tiene su morada, y de donde ciertamente espero que vendrá el socorro. Mi socorro viene del Señor que hizo el cielo y la tierra.» En la pobreza y desamparo de Belen, en la soledad del desierto, en las privaciones de Egipto y de Nazareth, en la ansiedad que la aflige en el camino de Jerusalem buscando á Jesus niño, en la senda ensangrentada del Calvario, y en el mismo Calvario, como en todas las situaciones de su vida, su ánimo no decae, su fortaleza no se amengua, su heroismo es siempre admirable, la esperanza del Señor habla á su corazon magnánimo,

y la inspira un valor supremo con estas palabras de los Salmos: «Espera al Señor, pórtate varonilmente, y confórtese tu corazon, y aguarda al Señor.»

No es de estrañar, A. H. M., esta conducta admirable en la Madre bendita de Dios; porque sus acciones todas, sus pensamientos, sus deseos, sus afectos los referia al cielo, y la esperanza, despues que la fe ha descubierto al hombre los inmensos horizontes de felicidad de esa region invisible, alarga su mano para sostenerle, le presta la fuerza, le da bríos para luchar contra las contradicciones del destierro, y alcanzar los eternos bienes que jamás por sí pudiera conseguir; y María ha acariciado siempre en su corazon esta santa virtud.

¡Qué dichosos serian los hombres si imitasen en esta virtud á nuestra Madre Santísima! Si la esperanza cristiana presidiese todos nuestros actos, todos nuestros proyectos ¡cuánta dicha endulzaria las amarguras de nuestro destierro! Es tal el grado sublime á que se eleva esta virtud cristiana, que salvando los espacios, dejando atras todos los bienes criados, por grandes y seductores que sean, «penetra, segun la espresion de S. Pablo, hasta las cosas que están del velo adentro,» penetra en el *sancta sanctorum*, donde Dios habita, nos introduce en el cielo, «y en ella tenemos, dice este apóstol, como una áncora firme y segura del alma.» Entonces el hombre marcha desembarazadamente por el camino de los mandamientos; observa con puntualidad todos sus deberes; llena su altísima mision en la tierra que consiste en amar y servir á Dios, y hace que todas sus obras concurren á este fin importante, porque para todo esto se inspira en la santa virtud de la esperanza, la cual tiene por objeto tanto la bienaventuranza, como todo lo necesario á la vida del alma y del cuerpo. Por consiguiente bien podemos inferir de aquí que debemos alimentar en nuestro corazon la esperanza cristiana, como lo ha hecho la Virgen Santísima, porque esta vir-

tud sobrenatural encierra la idea del verdadero progreso de la humanidad; porque da los medios para este progreso: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Madre mia, alcanzadnos la gracia que necesitamos para comprender toda la excelencia de la virtud de la esperanza que Vos practicásteis tan dignamente sobre la tierra, y que esta sea una garantía de la felicidad que deseamos gozar con Vos en el cielo; y á este propósito aceptad bondadosa la oracion del Arcángel que os dirigimos:

### AVE MARÍA.

#### I.

La palabra progreso, que tanto se repite en nuestro siglo, significa adelanto, movimiento sucesivo de alguna cosa hácia adelante, tendencia de alguna cosa á su perfeccion. Aplicada esta palabra á la humanidad, podemos decir que la humanidad progresa cuando adelanta en satisfacer la sed que tiene de una verdad eterna, cuando adelanta en satisfacer el deseo vehemente que la apremia de una felicidad sin fin. El verdadero progreso de la humanidad está pues circunscrito á los límites del horizonte cristiano; por lo tanto la virtud de la esperanza encierra la idea del verdadero progreso de la humanidad. Y es así, A. H. M., porque «el hombre es un ser capaz de desear la fruicion de delicias, placeres y honores mas elevados, mas dignos é intensos que los que pueden darle las criaturas todas, segun constante esperiencia, diré con un sábio escritor; puede tambien aspirar á gozar todo lo que gozar se puede hasta aquel grado de que puede hacerse capaz; puede desear todo lo suave, lo dulce, lo bello, todo lo que se puede gozar, y todo junto, todo en un instante, en un solo acto, sin que cese jamás y que dure para siempre. Si tanto puede desear el hombre, es consiguiente que lo desea por es-

tar inclinados todos los seres á desear lo mejor que para sí mismos pueden anhelar. Hasta que se llene, pues, esta ancha capacidad del corazon humano, el hombre será siempre insaciable, incompleto é infeliz, y andará siempre en busca de aquel bien, de aquel objeto á que tiende naturalmente su corazon, sin conocerlo, ni hallarlo, pero bien convencido de que no lo posee.» Ese bien lo ofrece en su copa de oro la santa esperanza del cristianismo. ¡Ah! ella es el consuelo de nuestras miserias, la que suaviza nuestros trabajos; cuando se muestra al afligido, alza su frente y se sonrie; al verla el oprimido, se llena de valor y confia, y todos los desterrados en el valle de lágrimas se alientan con sus promesas consoladoras. Para gustar, pues, siquiera sea algunas de sus delicias, consideremos con brevedad el objeto, la estension y los motivos de esta virtud celestial, y considerándolos no dudemos que acabaremos por alcanzarla, mayormente cuando la vemos brillar tan ostensiblemente en nuestra escelsa Madre María: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Si el hombre, A. H., no puede ni debe prescindir de aspirar á la posesion de la felicidad imperecedera que apetece, porque, además de ser esto un instinto nobilísimo de su alma, se le ha dicho por Dios que «busque ante todas cosas el reino de Dios y su justicia,» la virtud de la esperanza tiene por objeto primero y principal ese reino celestial, la posesion de Dios y de los bienes de que es origen durante toda la eternidad. Limitarse el hombre en sus aspiraciones á los bienes perecederos de la tierra, á los goces efimeros é inconstantes del mundo, como desgraciadamente sucede en nuestros dias de positivo materialismo y de repugnante sensualidad, es contradecir esas nobles aspiraciones de su alma y rebelarse abiertamente contra los preceptos venerandos de su Hacedor; es menospreciar la virtud santísima de la esperanza y lejos de progresar en su admirable carrera, es retroceder hasta la condicion de los brutos. Si tenemos fe en las divinas

promesas, precisamente deberemos suspirar por nuestra eterna morada, y considerar este mundo como un lugar de desierto y de dolor, y las riquezas del mundo como un mal, sino no nos servimos de ellas para conseguir el bien supremo.

Como objeto secundario, ó menos principal, de la esperanza es la gracia divina, que es el principio de la gloria, porque esa gracia es un auxilio sobrenatural que Dios nos da gratuitamente, en vista de los méritos de nuestro Señor Jesucristo, para alcanzar nuestra salvacion, «y sin cuyo auxilio nada bueno podemos hacer en orden á la vida eterna:» *sine me nihil potestis facere*. Esta gracia comprende todos los medios que nos son necesarios para llegar á la posesion del Bien sumo que anhelamos. Objeto pues de la esperanza es todo lo necesario á la vida del alma y á la vida del cuerpo, los bienes del alma y los del cuerpo. Debemos notar sin embargo, y esto es muy importante, que esos bienes no podemos esperarlos, ni debemos pedirlos á Dios absolutamente, sino teniendo presente nuestro último fin; «esperarlos y pedirlos únicamente para reposar y complacerse en ellos sin hacerlos servir como escalones para subir al cielo, es una criminal alteracion del orden, es la desgracia del alma,» ha dicho Sto. Tomás de Aquino: *quæcumque alia bona non debemus á Deo petere nisi in ordine ad beatitudinem æternam*.

Otra sería, A. H., la suerte de la humanidad si el hombre atendiera cual debe á estos principios; legítimos y sagrados serian sus progresos apoyado en la santa esperanza que desde el cielo se nos comunica como un don que nunca sabremos apreciar como se debe. Dadme si no un hombre poseido verdaderamente de esa celestial virtud; y yo os daré un hombre fiel en el cumplimiento de todos sus deberes, paciente en sus desgracias, sufrido en sus enfermedades, resignado y contento en su pobreza. templado y sóbrio en

sus goces, en sus riquezas y alegrías, morigerado en sus costumbres, virtuoso, en una palabra; porque ese hombre dirige su corazon, y los actos todos de su vida hácia mejor y más seguro porvenir, á la posesion del cielo, que es el objeto de la esperanza. Dadme tambien una familia, ó un pueblo, ó una sociedad alimentados por la esperanza cristiana, y yo os daré en cambio una sociedad, y un pueblo, y una familia opulenta y pacífica, poderosa y regularizada, sin ambiciones exageradas, sin perturbaciones desastrosas, sin querellas ni divisiones. Es que esa familia, ese pueblo y esa sociedad han entrado, y se sostienen, y se fortalecen en las vias del verdadero progreso, porque en su seno vive la esperanza cristiana, y la esperanza cristiana es la fruicion anticipada del cielo que consolaba á Job en el muladar y á todos los pobres de Jesucristo en sus contradicciones; que santificaba á S. Fernando sobre el trono de España; que ha hecho siempre prósperos y felices los pueblos, porque «el Señor se complace en los que le temen, y en aquellos que esperan sobre su misericordia,» que la ponen por único fundamento de todas sus esperanzas: *et in eis qui sperant super misericordia ejus*. Tan sublime es el objeto de la esperanza de que os hablo, y tan dilatada é inmensa su estension; como que «los ojos del Señor contemplan toda la tierra, para examinar quienes son los que enteramente se abandonan á su paternal providencia, y dan fortaleza á aquellos que con corazon perfecto creen y esperan en Él:» *oculi enim Domini contemplantur universam terram, et præbent fortitudinem his, qui corde perfecto credunt in eum*.

Además, si por su altísimo objeto y vasta estension la esperanza cristiana no encerrase en sí la idea y los gérmenes prodigiosos del verdadero progreso, los contendria al menos por sus motivos. Las sociedades, como el hombre individual, para realizar sus adelantos, para progresar, valiéndome de esta espresion mas gráfica y popular, invocan

en nuestros días la bondad, la sabiduría y el poder de los hombres, y en estas cualidades apoyan sus esperanzas, creyendo que de ellas brote el progreso porque suspiran, y al que encaminan sus esfuerzos. ¡Qué error tan lamentable! Han olvidado sin duda aquellas palabras de Jeremias: «Esto dice el Señor: Maldito el hombre que confía en el hombre como en Dios, y pone carne por brazo suyo, y cree que puede servirle de apoyo un hombre de carne, flaco y miserable; porque será como tamariscos en el desierto, y no verá cuando viniere el bien; sino que habitará en sequedad en el desierto en tierra salobre á inhabitable:» *in terra salsuginis et inhabitabili*. ¿No veis pues, A. H. M., como quedan burladas las esperanzas del hombre que confía en el poder, en la sabiduría y en la bondad del hombre? y quedan burladas porque «vanos son el auxilio, el saber y los socorros de los hombres:» *quia vana est salus hominis*.

Pero «el que confía en el Señor ¡ah! este será bienaventurado, y el Señor será su esperanza:» *et erit Dominus fiducia ejus*; esperanza que se apoya en una bondad infinita, porque «bueno es el Señor para los que esperan en Él, para el alma que le busca,» *bonus est Dominus sperantibus in illum, animæ quærenti illum*, como leemos en los Trensos de Jeremias; esperanza que tiene por fundamento la sabiduría de Dios; porque «el Señor conoce á los que en Él esperan» *et sciens sperantes in se*, segun se nos ha dicho por el profeta Nahum; esperanza que tiene por garantia el poder de Dios, porque si «el Señor me sirve de luz y es mi salud ¿á quién temeré?» *Dominus illuminatio mea, et salus mea quem timebo?* puede decir todo hombre con el Rey de los Salmos. Estos son, H. M., suficientes y poderosos motivos para alimentar en nuestros corazones la hermosa virtud de la esperanza para nuestro progreso verdadero en las sendas del bien y de la verdad; y esto sin contar con las promesas de Dios consignadas en uno y otro testamento, promesas eternas, inmutables,

apoyadas en los milagros, en el cumplimiento de las profecias, y selladas para siempre con la sangre preciosísima de Jesus nuestro Dios y Salvador.

201 Ved pues si la virtud de la esperanza encierra la idea del verdadero progreso de la humanidad. Veamos tambien como da los medios para ese progreso, y á imitacion de la Virgen María nuestra Madre y nuestra Maestra, aceptemos esos medios para nuestro bien: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum*.

## H.

Dejamos consignado, A. H., que el objeto de la esperanza sobrenatural es la felicidad eterna, y los medios de conseguirla, y que debemos acariciar en nuestra alma esta virtud porque ella encierra la idea del verdadero progreso de la humanidad. Pues bien: no siendo este otra cosa que esa felicidad suprema y esos medios conducentes á la misma, á medida que mas esperemos, mayores serán los progresos que hagamos en el bien; toda vez que el hombre debe entregarse á su Criador como á su principio de vida, á su felicidad suprema, á su último fin, á su todo, debiendo repetir con David: «Clamé á tí, oh Señor, diciendo: tu eres la única esperanza mia, mi porcion en la dichosa tierra de los vivientes.» De consiguiente, los mismos medios que empleemos para radicar la santa esperanza de Dios en nuestros corazones, son los que esta esperanza nos facilita para el progreso que apetecemos. Sin embargo de que esos medios son varios, los limitaremos á la oracion frecuente y fervorosa, á la paciencia constante, á la invocacion de la Santísima Virgen María.

El orgullo de los hombres de nuestros días es, A. M., quien ha entibiado la esperanza cristiana para acometer las obras del progreso intelectual y moral de las sociedades mo-